



Peregrinación arciprestazgo Ledesma-Vitigudino Año de la Fe

Queridos hermanos: hemos venido en peregrinación a la Catedral para confesar juntos, el Obispo y los fieles del arciprestazgo de Vitigudino, las Arribes y Ledesma, la fe en el Señor Jesucristo que nos salva. Vamos a pedir al Señor que nos fortalezca en la fe firme y verdadera, la que obra por el amor, que brota de la comunión con Dios, que procede de la permanencia en la unidad y en el amor con el Padre y con el Hijo, por el don del Espíritu Santo que habita en nosotros. Con esta fe viva y autentica queremos que el Señor nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de su Evangelio en medio del mundo.

Necesitamos cuidar nuestra fe y nuestra vida cristiana para que nuestra sal no se vuelva sosa y para que nuestra luz no permanezca oculta. Por ello, en esta celebración vamos a pedir al Señor que nos haga sentir, como a la samaritana, la necesidad de acercarnos al pozo para escuchar a Jesús, que nos invita a creer en él y sacar el agua viva que mana de su fuente. Queremos aprender día a día a alimentarnos de su Palabra y del Pan de la vida, que Jesús ofrece como sustento a todos sus discípulos.

La Palabra de Dios, acogida en la fe, nos ayuda a comprender el sentido de nuestra vida en referencia a Cristo como culmen y meta de la revelación de Dios en la historia, que hace de la historia humana historia de salvación.

El texto de Isaías 60, 1-6 canta la gloria del Señor que amanece sobre Jerusalén y la llena de su luz, en medio de las tinieblas del mundo. Todos los pueblos caminarán a la luz de Jerusalén y traerán hacia ella sus riquezas. Más en concreto se refiere a los dones de incienso y oro que vendrán a ofrecerle en camellos y dromedarios los venidos de oriente, desde Madián y Efá, y de Saba. Nosotros escuchamos hoy esta profecía como realizada ya en Jesucristo y en su Iglesia, que es la nueva Jerusalén. Lo que el profeta anuncia sobre Jerusalén la confesamos y anunciamos nosotros hoy de la Iglesia, sobre todo en la liturgia de la fiesta de la Epifanía del Señor, en que se lee esta lectura para proclamar a Jesucristo luz de las naciones. Y también hoy nosotros nos sabemos miembros de esta Iglesia que en Cristo-Luz está llamada a ser luz del mundo por su fe y sus buenas obras, para que todos den gloria al Padre que está en los cielos. Por ello, os digo hoy a cada uno con el profeta Isaías: ¡Levántate y resplandece, acoge la gloria del Señor que amanece sobre ti!

El texto del Evangelio tiene como contenido la llamada oración sacerdotal de Jesús. Esta oración tiene su contexto en la liturgia de la fiesta judía de la Expiación. Lo que en aquella fiesta se representaba en acciones rituales, se cumple en Jesús de manera real. Así como el sumo sacerdote hacía la expiación por sí mismo, por la clase sacerdotal y



por toda la comunidad de Israel, también Jesús ruega por sí mismo, por los Apóstoles y por todos los que después creerán en Él: por la Iglesia de todos los tiempos (cf Jn 17,20).

La oración sacerdotal de Jesús es un testimonio de la reconciliación que Dios ofrece a los hombres, para dar respuesta al problema esencial de toda la historia humana, que es la ruptura de la relación con Dios. La oración de Jesús al Padre anticipa el culto espiritual y agradable a Dios, que Jesús va a ofrecer, según declara la carta a los Hebreos: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Hb 10, 6-7).

En el fragmento evangélico leído, Jesús ora al Padre por la unidad, la santificación y la misión de sus discípulos. En este texto del Evangelio de Juan el concepto de **santificación** es sinónimo de **consagración** y está en estrecha relación con el sumo sacerdocio y la reconciliación. En la plegaria por los discípulos, Jesús dice: **“Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad... Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”** (Jn 17,17.19). En otro pasaje Jesús se identifica como **“quien el Padre consagró y envió al mundo”** (10,36). Aparece en estos textos un triple uso del término **“santificación”** o **“consagración”**:

Primero se nos dice que el Padre ha enviado al Hijo al mundo y lo ha consagrado (cf. 10,36). Se puede ver un cierto paralelismo con esta frase en las palabras sobre la vocación del profeta Jeremías: **“Antes de formarte en el vientre te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré. Te constituí profeta de las naciones”** (Jr 1,5). Consagración significa que Dios reivindica para sí al hombre en su totalidad, que sea “segregado” para Él, que viva en el mundo, pero que no sea del mundo. Pero ello comporta al mismo tiempo una misión para los pueblos. También en las palabras de Jesús está unidas la consagración y la misión, es decir, la plena unidad con el Padre y su ser enteramente para el mundo. Jesús pertenece por entero a Dios y, precisamente por eso, está totalmente a disposición “de todos”.

El segundo sentido está expresado en las palabras de Jesús **“por ellos yo me santifico a mí mismo”** (17,19), y tiene el significado de “consagrar para el sacrificio”. **“Me santifico”** equivale a decir “me entrego a mí mismo como sacrificio”.

La tercera significación de la “santificación” está expresada así: **“Santificalos en la verdad”** (17,17). **“Me santifico yo para que también ellos sean santificados en la verdad”** (17,19). Los discípulos están llamados a participar en la santificación de Jesús; también en ellos se debe cumplir el paso a la vida de Dios. Y así puede hacerse realidad su envío al mundo. **“Me santifico yo para que también ellos sean santificados en la verdad”**: indica que los discípulos han de pasar a ser propiedad de Dios como Jesús, han de participar en su consagración, no sólo de forma ritual, sino **“en verdad”**, es decir, en la realidad de todo su ser. Y los discípulos de Jesús son santificados **“en la verdad”**. La verdad es el baño bautismal que los purifica; la verdad es la vestidura y la



unción que necesitan. Esta “verdad” santificadora es Cristo mismo. Han de ser sumergidos en Él, han de ser “revestidos” de Él y, de este modo, hacerse partícipes de su consagración, de su función sacerdotal, de su sacrificio.

El consagrado, el santo, en su pleno sentido es sólo Dios mismo. Santidad es el término usado para expresar el modo de ser de Dios. Así, las palabras “consagrar”, “santificar” significan traspasar una persona o una cosa a la propiedad de Dios, y especialmente su destinación para el culto. En referencia a las personas, consagrar es destinar a un hombre a Dios y al culto divino mediante el sacerdocio. El consagrado es elevado a una nueva esfera que ya no está a disposición del hombre. Pero esta segregación incluye esencialmente al mismo tiempo una finalidad y una misión: “para” entregarse totalmente a Dios. El consagrado existe ahora para los hombres; los representa y los debe sanar. Por ello, consagración y misión forman una única realidad completa.

La oración sacerdotal de Jesús se ha referido también al tema de la unidad de los futuros discípulos: **“Para que todos sean uno...”**. Más allá de la comunidad de los discípulos de aquel momento primero, Jesús se dirige a todos aquellos que “crean en mí por su palabra” (Jn 17,20): la Iglesia futura está incluida en la plegaria de Jesús.

El Señor repite por cuatro veces esta petición; en dos de ellas, la razón que se indica para dicha unidad es que el mundo crea, más aún, que “reconozca” que Jesús ha sido enviado por el Padre: **“Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros”** (v. 11). *“Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (v. 21). *“Que sean uno, como nosotros somos uno;... de modo que el mundo sepa que tú me has enviado”* (vv. 22-23).

Esta unidad de la futura Iglesia, que Jesús pide, no viene del mundo; en la medida en que el mundo actúa en la Iglesia se producen divisiones. La unidad sólo puede venir del Padre a través del Hijo. Está relacionada con la “gloria” que da el Hijo: con su presencia que se nos da por el Espíritu Santo; una presencia que es fruto de la cruz, de la transformación del Hijo en la muerte y la resurrección.

Pero la fuerza de Dios actúa entrando en medio del mundo, en el cual viven los discípulos. Y lo ha de hacer de tal manera que permita al mundo “reconocerla”, y llegar así a la fe. La oración de Jesús por la unidad se orienta a que, a través de la unidad de los discípulos, se haga visible a los hombres la verdad de su misión. La unidad ha de ser reconocible como algo único, que no existe en ninguna otra parte en el mundo y que, por tanto, manifiesta la acción del Espíritu de Dios. La permanencia de sus discípulos unidos en Jesús a lo largo de los siglos, manifiesta su poder de reconciliación y de comunión. En Jesús, el Hijo, Dios se revela como creador de una unidad que vence la tendencia del mundo a la división. El Señor ha pedido por una unidad que sólo es posible a partir de Dios y a través de Cristo, pero que debe hacer visible en medio del mundo la acción del Espíritu de Dios. Por eso, los esfuerzos por una unidad visible de



Carlos López Hernández

los discípulos de Cristo siguen siendo una tarea urgente para los cristianos de todo tiempo y lugar.

De esta unidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la fe y en el amor por la acción del Espíritu Santo nos ha hablado el texto de la primera carta de san Pablo a los Corintios. La fe es una gracia del Espíritu Santo, que hay que pedir cada día con perseverante humildad. *“Nadie puede decir: Jesús es Señor, sino por el Espíritu Santo”*; por ello, hemos de orar diciendo: Señor, creo, pero aumenta mi fe. Creer es la primera “obra” que hemos de hacer; creer, es lo primero que el Hijo enviado del Padre espera y exige de nosotros, para hacer participar de la vida en abundancia que él nos regala, una vida tan abundante que es vida eterna.

Y el Espíritu nos edifica en la unidad del único Cuerpo de Cristo, que tiene muchos miembros, todos ellos unidos por el mismo amor que procede del Padre y del Hijo y que es signo de la misma vida de Dios, que hemos recibido al renacer del agua y del Espíritu en el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Somos un solo Cuerpo porque todos hemos recibido el mismo Espíritu y todos los miembros vivimos ya no cada uno para sí mismo, sino para los demás. Hemos sido liberados por el Espíritu de la libertad para que amemos a los hermanos como Jesús nos amado, con el amor que procede del Padre y nos hace capaces de entregar la vida por los hermanos y de servirlos cada día por amor. Por este amor conocerán todos que somos discípulos de Jesús. El amor que infunde el Espíritu Santo a los miembros del Cuerpo de Cristo es la fuente de donde brota la fuerza de la misión de cada miembro dentro de la Iglesia, en el ejercicio de los diversos ministerios, tareas, vocaciones y carismas para el bien común del único Cuerpo. Y este mismo amor de Cristo, que infunde el Espíritu Santo, es el que nos urge a dar testimonio de Cristo, con fidelidad, fortaleza, esperanza y siempre con alegría, incluso en las persecuciones y en cualquier circunstancia en la que participamos de la cruz del Señor y compartimos sus sufrimientos, para que colaboremos a la plena realización de su obra de redención y salvación de los hombres, que ahora se hace actual en esta Eucaristía.